

Acto Fallido

Por: Maria Claudia Molina Villalobos

Me considero un hombre normal dentro de los parámetros sociales, que exigen unos mínimos de convivencia y respeto por el prójimo. Aunque enviudé relativamente hace poco, llevo una rutina como cualquier otro ciudadano sin excesos ni derroches de ninguna clase. Además para sentirme en paz conmigo mismo, asisto cada domingo a los oficios religiosos que me inculcaron desde pequeño, práctica con la que no estaba muy de acuerdo mi esposa, pues era el día y la hora de asear la casa, labores evadidas con gusto ya que son netamente femeninas. Cada domingo a la llegada del templo, me recibía con una sarta de reclamos y sermones.

Estos días serán los últimos que trabajaré ya que pronto reuniré la cantidad de dinero necesaria para junto con la venta de la casa jubilarme. Espero ansioso el momento para irme del todo de este vecindario del demonio, -donde viven una partida de curiosos que mantienen pendientes de lo que hacen los demás-, a un lugar más tranquilo y apartado de tanto bullicio, que vaya acorde con mi manera calmada de ser.

Era el descanso que merecíamos luego de tantos años de trabajo, -incluyo a mi esposa-, quien tuvo mucho que ver en el éxito del negocio. Nuestra labor era algo modesta, una venta callejera de empanadas y jugos naturales, que nos dio para vivir, tener aquella casa y además acumular algunos ahorros para disfrutar una vejez tranquila. Lo hicimos de una manera fácil, no teníamos hijos que mantener, ni familia que atender. Dadas las coincidencias de la vida, fuimos un par de solitarios, el uno para el otro sin ninguna otra razón de ser.

Sin embargo al inicio del negocio, hace más de veinte años, las ventas fueron un poco arduas, pero con mi mujer descubrimos la manera de incrementarlas. Es un secreto, pero cómo estoy próximo a retirarme, se los contaré: al momento de preparar la masa de las empanadas cuya labor me correspondía, debía tener cerca a mi esposa quien cocinaba siempre con vestido, de pie junto a mí, para acariciarle y estimularle sus partes íntimas hasta obtener un líquido viscoso e incorporarlo a la masa. Desde que hacíamos esa práctica las ventas se triplicaron y por eso nos mejoró la situación. Mi esposa se dedicaba a preparar el picadillo de carne guisada con el que se rellenaban las empanadas, tarea que ahora me compete dadas las circunstancias.

Con la repentina muerte de mi esposa las ventas volvieron a bajar y me vi en la necesidad de cambiar de estrategia rápidamente. Ahora agregó un poco de tomillo que cultivé en la parte trasera de la casa, -aunque no lo crean-, también ha funcionado.

Pensando en mi propósito de abandonar el negocio y de irme lejos de la ciudad, me di a la misión de tirar los objetos que no prestaban ninguna utilidad o que no tenían un valor sentimental. Cada esquina, cada rincón, cada mueble, traía algún recuerdo en los que aparecía mi mujer, -aunque me acongojaba un poco la situación-, no dejaba de sentirme liberado al remover todas aquellas cosas y saber que pronto saldría de ellas.

Una noche, luego de las actividades liberadoras caminé hacia mi habitación para disponerme a dormir. Al final del pasillo, en medio de la penumbra, sucedió un evento que me paralizó la sangre; vi de pie a mi esposa muerta hace menos de un año, observándome. Entré a la alcoba y bebí un poco de agua que tenía sobre la mesita de noche. Pensé que todo era una alucinación debido al agotamiento y al hecho de estarla recordando casi a diario. Afortunadamente pude conciliar el sueño y al siguiente día continúe con la misma rutina.

Nuevamente, en la noche, luego de estar ordenando y reciclando viejos papeles me fui a descansar, pero me sorprendió de nuevo la imagen de la difunta y a pesar de mis esfuerzos por evitarla o evadirla una fuerza sobrenatural me obligaba a voltearme para verla. Esto se repetía todas las noches y ya me estaba exacerbando.

Tal vez aquella normalidad que me caracterizaba colapsaría,- he vivido dos *actos fallidos* en mi vida-, me afectaba el insomnio y no podía diferenciar si aquello que me ocurría era una alucinación o si realmente era mi querida.

Una noche para salir de la incertidumbre si aquellos hechos eran imaginarios o reales decidí dejar el vaso lleno de agua, en la mesita de noche. No le di trago alguno. Al día siguiente al levantarme lo primero que hice fue verificar el experimento, observé con cierto temor el vaso casi vacío, comprobando de esta manera que no era una simple fantasía. Ya me estaba afectando bastante tal situación.

Decidí deshacerme pronto de las cosas inútiles que estaba escogiendo para no tener que pensar tanto en ella, tal vez, de esa manera su espíritu emigraría, además vendería la casa y cambiaría de ambiente. En la última habitación que me quedaba por revisar, había una valija, yo mismo la guardé allí cuando mi mujer murió. Era el recuerdo de mi último *acto fallido*. Cerré las cortinas del cuarto, puse la maleta en el suelo y la abrí, allí estaba la osamenta de mi mujer.

Al instante surgió aquel recuerdo aterrador; un domingo lluvioso al llegar a casa de los oficios religiosos, como de costumbre mi mujer me esperaba con los brazos en la cintura descargándose en improperios contra mí ya que a cada paso le embarraba las límpidas baldosas del *hall*. Como no soy de disputas, la ignoré por completo y ella en su irritación logró empujarme ocasionándome resbalar y golpear contra el suelo. En ese momento la visión se me nubló con un velo rojizo y no tengo claro lo

que aconteció luego, pero el caso, es que la emprendí a golpes contra ella, me senté sobre su cuerpo apretándole con tanta fuerza el pescuezo, que sin imaginarlo y sin la más mínima intención la estrangulé.

Estuve un buen rato pensando qué hacer, pues no quería pasar el resto de mis días encerrado, así que sin entrar en muchos detalles, para no dar motivos de sospecha con malos olores a los vecinos, desmembré el cuerpo de mi mujer y tasajeé cada pedazo guardándolos en bolsas en el refrigerador de la casa. Raspé y limpié muy bien los huesos y fueron a dar a aquella valija. Se preguntarán que hice con la cabeza, pues la conservé unos días en un recipiente con formol. Luego la empotré en una gran maceta de barro y la enterré en el patio de la casa junto con semillas de crisantemos y de tomillo, los cuales al día de hoy ya han germinado sus primeras flores.

Para deshacerme de los pedazos de carne guardados en el refrigerador, todas las noches durante los cuatro meses siguientes, molía una porción la cual agregaba al picadillo para las empanadas, y cuando terminé con el último filete, agrego un poco del tomillo de la maceta.

Narrándoles mi historia, he tomado la decisión de conservar aquellos restos, tanto los de la valija como los de la maceta, los llevaré a aquel lugar anhelado de tranquilidad y reposo. Enterraré la maleta junto a la nueva casa y sembraré sobre ella un manzano, que tanto agradaban a mi mujer. Allí guindaré mi hamaca y sin preocupación alguna, con la compañía de un buen café y un cigarrillo, leeré la palabra de Dios que tanto me inculcaron desde pequeño.

Esa noche logré dormir tranquilamente.